

Globalización

Eliezer Morales Aragón

Poco a poco ha ganado terreno la idea de que la economía mexicana no tiene hoy opción distinta a la de alguna forma de integración o incorporación a una dinámica de rango mundial: la llamada globalización. En este sentido, es útil acotar lo, aparentemente inevitable de la inserción a este nuevo contexto y la forma en que esto se hace. En este punto hay pues, dos problemas, el primero de ellos borda en torno a lo inevitable de la incorporación y desde luego la forma. En ese sentido vale la pena tocar algunas cuestiones que resultan pertinentes, mencionaremos dos: la nación y su significado que pivotan hasta hoy la vida de los países, el nuestro incluido y por otro lado uno de sus conceptos inherentes, la soberanía.

Estas cotas cruciales para cualquier nación a más de identificarlas es necesario discurrir en que medida es posible compatibilizar estos conceptos torales del comportamiento nacional y de sus vinculaciones con sus pares en el ámbito mundial. No esta por demás mencionar que esta es una cita estrictamente escueta y que en la imbricación con nuestros países homólogos o, simplemente regiones y lo que ello conlleva, los intereses de los que nadie mas que nosotros pueden ser garantes. Secularmente se ha teorizado que la nación, su existencia y todo aquello que le afecta tiene que ser primero, entendido de manera muy puntual por nosotros mismos y segundo debe ser compatible y compartible con otras naciones y, por tanto por otras modalidades y, de manera relevante, de la soberanía. En otras palabras en el momento actual es necesario observar con una mirada muy celosa aquellos elementos que nos resultan intrínsecos y que por lo tanto deben ser definidos y defendidos.

Como es fácil percibirlo, se trata de una discusión que puede señalarse como de “palabras mayores” que se debe plantear porque existen fuerzas y opiniones que coinciden con ellas en el sentido de que la voluntad soberana se ha convertido en una simple antigualla y que lo procedente es discutir los lazos de

interdependencia que resultan necesarios para poder adecuarse al nuevo contexto. Todo esto viene a colación porque so pretexto de la globalización simplemente hay que echar por la borda todo el bagaje conceptual que nos individualiza como país y, junto con ello, nuestros intereses específicos e, incluso, nuestras formas culturales e idiosincráticas. Esto último pareciera ser o un gesto apresurado y, en el peor de los casos, una invitación al suicidio que, seguramente, no habrá muchos que estén dispuestos a cometer.

En este orden de ideas, es necesario fijar los hitos de identificación acerca del concepto de globalización. A pesar de tratarse de un vocablo de acuñación muy reciente, su uso se ha generalizado, diríamos de una manera virulenta. Su utilización, a fuerza de reiteraciones y de menciones poco cuidadas, adquiere connotaciones contradictorias, difusas y ambivalentes, por decir lo menos. Se trata de usos entre los cuales una interpretación a fondo nos lleva de la mano a imaginar una profundización del capitalismo entendido como sistema productivo de rango mundial. Esto es, con procesos técnicos compartidos que, imaginariamente podríamos visualizar integrado por distintos niveles, diferenciados por la intensidad de un complejo de fases y procesos técnicos transnacionalizados, capitaneados por monstruosos entes integrados en lo productivo y orientados a la exportación, un suministro de servicios, incluidos el comercio y los transportes, pivotados por un complejo de corporaciones financieras, presididas por una red planetaria retroalimentada por las telecomunicaciones instantáneas. Todo esto podría servir perfectamente como una definición atendible.

La descripción anterior puede servir muy bien para varios objetivos. El primero de ellos a destacar es el que se refiere a lo increíblemente complejo que resulta una descripción, solo eso, como la mencionada. Pero hay mucho más que eso. Se trata de visualizar no solo que es sumamente difícil hacer “tabula rasa” de los inmensos recovecos de esto que simplistamente se denomina sistema productivo. Adicionar las complejidades políticas y sociales, así como las culturales lo convierten en algo inmanejable.

Así pues, la idea tendría muchos elementos adicionales y, probablemente en un ensayo tan somero como el actual, todo queda en lo enunciativo. La globalización no sólo alude a la producción material y a la modernización de los servicios. Su dimensión evoca también un mundo sin fronteras con conceptos modificados sobre las modalidades de predominio mundial tan conocidas como el imperialismo u otros *ismos* afines. De entre ellos ahora destaca el de Imperio de Negri y Hardt. También incluye las formas del consumo o sea, una generalización de patrones ya observables de manera incipiente, mucho tiempo atrás. Otro ámbito de evidente evocación globalizada toca a lo cultural. Aquí es obvia la velocidad y amplitud integradoras y sus repercusiones. No cabe duda que estaríamos, en su caso en las puertas de desarrollos culturales revolucionados por la globalización. Esto es solo una mención, pero permite mensurar el tamaño de la cuestión.

Tal como se ha dicho arriba, la globalización tiene significados, niveles, momentos y trascendencia concretos para todas las economías, incluido México. Al igual que otras naciones, nuestro país, experimenta muy precariamente los efectos del nuevo contexto y por ello responde insuficientemente y no conocemos a cabalidad sus elementos. No sabemos cuales son los resultados de largo plazo de las acciones de política económica de nuestro país, supuestamente concebidas como trazos de carácter estratégico. En el presente México asume particularmente su visión y proyección de inserción en algunas ventanas esenciales: a) Norteamérica comprendido nuestro país, Estados Unidos y Canadá. Con la suscripción del TLC y sobre todo, después de 12 años de vigencia y otros más que en lo inmediato, por los compromisos adquiridos aparecen como ominosos. Esto partiendo de la tradicional relación, por demás multifacética, que se ha tenido siempre con los Estados Unidos y sobre todo en lo económico. Hemos mencionado en breve la principal vinculación económica de México pero no podemos olvidar a la Unión Europea y también el Japón, China y sus órbitas de influencia. Mención aparte debe hacerse de los países de América Latina y el Caribe, con quienes mantenemos relaciones en las cuales lo destacable son las omisiones, errores, los choques y contradicciones. Absurdamente, casi nada por conservar y mucho por enmendar

Para cerrar lo anterior sólo citaremos lo obvio, nuestro enfoque analítico tiene que ser global, aunque la economía mexicana es local. Se trata, como bien se sabe, de una economía abierta vinculada cada vez mas estrechamente a la de los Estados Unidos con el TLC ya mencionado, amén de las demás ligas, todas muy sólidas como las de las tecnologías por ejemplo. Se ha acotado este hecho por tratarse de uno de los elementos económicos más dinámicos de nuestra economía y en virtud de que se le otorgo un carácter, casi de panacea, sin que esto se haya traducido ni pálidamente en lo que prometía.

Acotar y desarrollar así sea brevemente, como es el caso, el concepto de *globalización* significa una tarea en la que debe afrontarse la profusión de autores y puntos de vista. En seguida, seleccionar y escoger una ruta discursiva. Para el caso, iniciaremos el recorrido con David Harvey.¹ Esta decisión es algo que deberá ser justificada por el texto mismo.

La globalización contemporánea

La reflexión de Harvey arranca de cuestionar cómo el término de la globalización ha permeado en el análisis político, sociológico y económico contemporáneos e incluso, ha desplazado el uso de expresiones con una mayor densidad y significación analítica. Tal es el caso, por ejemplo, de vocablos como imperialismo, colonialismo y neocolonialismo. A esta primera mención, el autor adiciona dos consideraciones. Primero, se plantea si el aceptar e intentar el uso del termino implica una “confesión”, así sea tácita, de la “incapacidad (o impotencia) por parte de los movimientos nacionales, regionales de la clase obrera, o de otros movimientos anticapitalistas” para responder y movilizarse ante la globalización y sus efectos. En su especulación el autor maneja la hipótesis de que el enfrascarse, para hacer girar el análisis en torno a la globalización deviene, a fin de cuentas, en una mera maniobra de distracción que ha impedido, mediante la reflexión analítica, clarificar su objeto y definir sus metas en torno a algo menos elusivo. Por ejemplo, la enorme y,

¹ HARVEY, David. Espacios para la esperanza. Ediciones AKAL, SA, Madrid, 2003. Cap. IV, (pp. 71- 92)

esa sí incontrastable, presencia de las corporaciones trasnacionales. El segundo resultado es, probablemente, que al convertir el Estado-nación en una idea que hoy no tiene sentido. Así, la globalización se torna una operación ideológico-intelectual de fondo, que oculta muchas de las concepciones analíticas y la acción política. Este planteamiento vacía de contenido lo que hasta la fecha ha sido un elemento nodal de lo económico y, sobre todo, de lo político en nuestros países. No caer en cuenta de ello nos hace incurrir en un extravío deliberado o, en su caso, inconsciente.

Las brújulas analíticas y, por lo tanto, de la lucha política de las fuerzas anticapitalistas pierden el rumbo. Al minimizarse, por una mera comparación, las escalas de las monstruosas fuerzas de las corporaciones trasnacionales “globalizadas”, con las fuerzas locales o regionales, no queda mucho por hacer. Paradójicamente, esta argumentación de Harvey hace pensar que resulta indispensable el contar o hacer concursar a la fuerza del Estado o, mejor aun, de varios de ellos para oponerse con visos de éxito a la globalización personificada por las corporaciones trasnacionales. Esta última consideración parece tener sentido sobre todo en el contexto, hoy tan presente, de Sudamérica, pero no sólo ahí.

Es indudable que a las menciones de Harvey y los comentarios que suscitan, es posible adicionar algunas más. De hecho, existen muchos autores que tienen observaciones del mismo tenor pero, de momento, las dejaremos de lado. Sin embargo, es útil agregar el colofón del autor “...el término globalización y todo su bagaje asociado esta fuertemente cargado de implicaciones políticas que constituyen una mala señal para la mayoría de las formas tradicionales de políticas de izquierda o socialista. Pero antes de rechazarlo o abandonarlo por completo, es útil echar un buen vistazo a lo que incorpora y a lo que podemos aprender teórica y políticamente, de la breve historia de su uso”. Esta reflexión, a más de juiciosa, resulta útil para iniciar el recorrido analítico.

“La globalización como proceso”²

“...El punto de vista del proceso nos hace concentrarnos en primer lugar como se ha producido y se esta produciendo con la globalización”. Y agrega: “...algo similar a la globalización esta presente desde hace tiempo en la historia del capitalismo. Ciertamente, desde 1492 en adelante, e incluso antes, la internacionalización del comercio estaba ya en marcha”. Aquí entronca uno de los puntos fuertes de Harvey ya que, en sus palabras, “el capitalismo no puede mantenerse sin «soluciones espaciales». Una y otra vez, ha recurrido a la reorganización geográfica (a la expansión y a la intensificación) como solución parcial a sus crisis y puntos muertos. El capitalismo, por lo tanto, construye y reconstruye una geografía a su propia imagen. Construye un paisaje geográfico específico, un espacio producido de transporte y comunicaciones, de infraestructura y organizaciones territoriales, que facilita la acumulación durante una fase de su historia del capital que deberá ser derribado y reconfigurado para abrir camino a más acumulación en una fase posterior”. Y concluye: “Por lo tanto, si la palabra «globalización» significa algo acerca de nuestra geografía histórica reciente, es muy probable que sea una nueva fase de este mismo proceso subyacente de la producción capitalista de espacio”.

La muy larga cita del párrafo anterior tiene, sin embargo, la virtud de condensar una parte sustancial del pensamiento de Harvey sobre sus auténticos anudamientos intelectuales en los que concurren como un gran actor, protagónico en extremo, el capitalismo y los distintos momentos de sus configuraciones y reconfiguraciones espacio-temporales. Auténticos abismos y cumbres, para seguir con las imágenes geográficas de Harvey, aunque en su caso son mucho más que eso. Con abundantes razones, más que justificadas, este autor tiene entre sus varias pistas explicativas el protagonismo geográfico que forma parte esencial de su entramado analítico. Por ejemplo, acotando al Manifiesto Comunista, “...aunque está claro que el intento burgués de establecer una dominación de clase era y es un asunto geográfico, la casi inmediata reversión en el texto a una explicación temporal y diacrónica es

² HARVEY, *op. cit.* p. 72

asombrosa". El juego o, más bien, la combinación tiempo- espacio es un ámbito, paradójicamente, *moldeable* por lo menos en el plano de la reflexión intelectual.

Esta idea de Harvey sobre las sucesivas plastificaciones espacio tiempo no es, ni con mucho, la única voz autoral que la expresa. Existe una percepción muy difundida sobre el empequeñecimiento de nuestro, alguna vez dilatado entorno geográfico que era, aparentemente, inconmensurable. Pero esta sensación de grandeza: la tierra es ancha y ajena, como nos decía el literato clásico ha cambiado radicalmente. En este sentido se encuentra la, ahora ya vieja metáfora de la aldea global. Recientemente, se ha presentado la obra Thomas L. Friedman, *The World is flat* que nos presenta, al igual que Harvey a la globalización en su arranque a fines del siglo XV –en 1492– pero, enseguida adiciona que este primer hito geográfico temporal concluye en 1800. Ese año en el cual el gran desarrollo sobre todo comercial, pudo arrancar y prevalecer hasta los siglos XIX y gran parte de XX, merced a los grandes avances logrados en los transportes y las comunicaciones. Esta mención resulta obviamente menguada sin, tocar al menos, los cambios revolucionarios vividos en la metalurgia y la aparición de los nuevos materiales. Pero lo que domina este momento globalizador es, a no dudarlo, el inmenso proceso revolucionario del cambio de patrón energético. Son muchas las facetas de esto, pero la aparición del motor de combustión interna y la navegación aérea impulsados por el uso, en montos astronómicos, de los combustibles fósiles parecen justificar esta apreciación de Friedman. Pero esta figura tiene, al igual que la globalización, el defecto crucial de lo lineal; la platitude y esto hace que, a pesar de todo, su parábola resulte muy fallida.

Pero según este autor, nos encontramos inmersos y, precisamente por ello, no lo percibimos claramente en una tercera ola globalizadora. Ahora hace ya algunos años, en un análisis patrocinado por la OCDE, Christopher Freeman hablo de la informática como el nuevo paradigma técnico económico, o sea, el de nuestros días. En efecto, en afirmación no necesariamente adivinatoria, pero casi, Freeman nos hablo de las virtudes que ésta, también revolucionaria modificación, introduce cotidianamente en nuestras vidas. Aunque pudiéramos

aceptar la tesis de Friedman sobre este nuevo mundo plano, su afirmación, aunque plausible, no es enteramente original. En otras palabras es posible concordar con ella, aunque no sabemos, no podemos saber, si estamos efectivamente en una tercera ola de globalización.

A tono con su interpretación geográfico-temporal, Harvey sitúa a la globalización como una etapa evidentemente más compleja del capitalismo. Aunque no se puede decir que se trata simplemente de más de los mismo. “El capitalismo, por lo tanto, construye y reconstruye una geografía a su propia imagen. Construye un paisaje geográfico específico, un espacio producido de transporte y comunicaciones, de infraestructura y organizaciones territoriales que facilitan la acumulación durante una fase de su historia del capital que deberá ser derribado y reconfigurado para abrir camino a más acumulación, en una fase posterior. Por lo tanto si la palabra *globalización* significa algo acerca de nuestra geografía histórica reciente, es muy probable que sea una nueva fase de exactamente este mismo proceso subyacente de la producción capitalista de espacio.”

Existe todo un mundo de conceptos multidimensionales en el párrafo anterior. Se trata de un proceso o, mas bien, una oleada de fases de acumulación capitalista que transforman, momento a momento, las percepciones del tiempo y del espacio “una producción capitalista de espacio”. Nos involucramos en una concepción en la que *fáusticamente* el hombre ya no es pasivo ante los elementos que le proporciona la naturaleza. Tiene, por el contrario, la capacidad de crear y redimensionar su entorno, actúa a partir de la tecnología que dispone y, al tiempo, imagina de muchas maneras nuevos ámbitos geográficos y tiempos distintos para ubicarlos, para poseerlos, para transformarlos y, ¿por qué no?, ahora sabemos que también para depredarlos. Esta nueva dimensión cognoscitiva prefigurada por Harvey es un hallazgo autentico en el trayecto de entender el mundo. En esta coyuntura novedosa como tal, pero parte integrante de un proceso, se ubica la globalización.

El enfoque anterior probablemente contribuya a entender, clarificar al menos, la discusión entablada con el propósito de dilucidar si la globalización debe entenderse como lo nuevo o un mero ropaje para designar algo bien sabido. Ni

una cosa, ni la otra. Es, efectivamente, un viejo proceso con nuevas características, es la etapa actual de la acumulación, del desarrollo capitalista, que demanda nuestra atención. Por eso debemos ocuparnos de ello.

La complejidad explícita en los planteamientos de Harvey, quien se desliza diestramente a lo largo y lo ancho del pensamiento marxista y neo-marxista, nos da cuenta de la imposibilidad –reduccionista en si misma– de imaginar a la evolución capitalista, la globalización en acto, como una mera línea que se persigue “...como un proceso temporal que avanza inexorablemente hacia un destino dado”. Por el contrario, en la acumulación capitalista del pasado reciente, de hoy y del futuro, dentro de lo previsible no hay nada ni simple ni indubitable. Muy poco puede ser considerado como base sólida para la especulación y, menos aún, la predicción.

En el contexto de su argumentación, Harvey acota que “... el ascenso a la preeminencia del termino *globalización* es una profunda reorganización geográfica del capitalismo lo que hace que muchas de las premisas vigentes respecto a las unidades geográficas *naturales* dentro de la trayectoria histórica del capitalismo se revelen cada vez menos significativas (si es alguna vez lo fueron)”.³ En una acotación, diríamos optimista, agrega: “Nos enfrentamos, por lo tanto a una oportunidad histórica de abordar la geografía del capitalismo, de ver la producción de espacio como un momento constitutivo dentro de (en oposición a algo derivativamente construido por) la dinámica de la acumulación de capital y la lucha de clases”.

Nuevamente, su razonamiento nos sitúa en uno de sus espacios analíticos favoritos: el materialismo histórico geográfico. Un ejercicio en el cual la construcción de una nueva dimensión espacio temporal “...nos proporciona la oportunidad de emanciparnos del confinamiento de una especialidad oculta que ha tenido el poder opaco de dominar (y a veces confundir) la lógica de nuestro pensamiento y nuestra política”. O sea, una reflexión capaz, por ello, de liberarnos intelectual y políticamente. En este punto Harvey se enfila

³ HARVEY, *op. cit.* p. 76

claramente a los significados políticos que tienen los distintos planos de análisis resultantes de su concepción. La llamada *re-espacialización* del pensamiento social debe concebirse y permitir la actuación política a costa de varias rupturas.

Existen algunas cuestiones nodales del pensamiento del autor que, necesariamente, deben acotarse para tratar de decantar un poco y perfilar más claramente su línea analítica en torno a la globalización. Harvey debe hacer un esfuerzo para atenuar las tensiones que "...estallan periódica e inevitablemente como poderosos momentos de contradicción histórica y geográfica". Veamos:

"En primer lugar el capitalismo está siempre sometido al impulso de acelerar el tiempo de rotación y la circulación del capital y, en consecuencia, revolucionar los horizontes temporales del desarrollo." Es observable, por demás lógico e inevitable, entre las pautas de la ciencia y la tecnología y los distintos ritmos o cadencias del proceso o procesos de acumulación, sus irregularidades y los avatares a los que dan lugar los desarrollos sociales y políticos. Y agrega:

"Históricamente, y el momento actual no constituye una excepción, esta tensión se ha registrado principalmente a través de las contradicciones entre el dinero y el capital financiero (donde la rotación es ahora casi instantánea), por una parte y los capitales comercial, productivo, agrario, de información, de construcción, de servicios y estatal por la otra." Esta acotación y las subsiguientes son coherentes con una idea que más tarde debe ayudarnos a utilizar una denominación que, creemos, resulta más atinada para identificar el fenómeno.

En concordancia con lo anterior: "El horizonte temporal establecido por Wall Street no puede acomodarse sencillamente a las temporalidades de sistemas de reproducción social y ecológica de modo pertinente." En esta parte resulta del todo oportuno hacer una observación. Nos referiremos a lo que podemos designar como *las tres asimetrías*. En las dos últimas centurias, particularmente en el siglo XX, el peso demográfico se tornó en un hecho central en su gravitación sobre la naturaleza. El desarrollo tecnológico ha ejercido y ejerce una presión, cada vez más acentuada sobre los recursos naturales. Se trata de una fuerza que, adicionada a la demográfica, se ha traducido en amenazas

cada crecientemente contundentes en contra de la permanencia y existencia misma de los *habitats*. Adicionalmente se encuentra la acción reforzada de las corporaciones transnacionales con nuevas apetencias por la privatización de todo aquello que abra nuevas áreas y posibilidades al “big business”, por ejemplo el agua. Todo esto es parte de un esquema en el cual se considera a toda la naturaleza como el inmenso banco de los recursos en el era y todavía es lícito tomar todo lo animado e inanimado, sin tasa ni medida. Resumen: lo demográfico potenciado en sus números y amplificado considerablemente por la diversificación de las necesidades, que globalmente son minoría, pero involucran un millar de millones de habitantes. Después, lo tecnológico multiplicado en sus capacidades y las necesidades incrementadas en número, forman un esquema predatorio que no puede dejar de considerarse.

Continuemos con la mención de las tensiones a las que se refiere Harvey: “el capitalismo está sometido al impulso de eliminar todas las barreras espaciales, «aniquilar el espacio a través del tiempo» como dice Marx pero no lo puede hacer mediante la producción de un espacio adaptado. El capitalismo produce, por lo tanto, un paisaje geográfico (de relaciones espaciales, de organización territorial y de sistemas de lugares vinculados en una división *global* del trabajo y de las funciones) adecuado a su propia dinámica de acumulación en un momento particular de su historia, sólo para tener que destruir y reconstruir ese paisaje geográfico y adaptarlo a la acumulación en una fecha posterior.” Como puede apreciarse Harvey, al igual que muchos otros autores, coloca en el papel estelar del proceso a la acumulación que prima de conformidad con ritmos, modalidades y especificidades diferenciadas las unas de las otras. De acuerdo con el autor en este tópico pueden advertirse tres aspectos distintos:

- a) “Las reducciones en el coste y el tiempo necesarios para moverse en el espacio han sido un continuo centro de innovación tecnológica”
- b) “La construcción de infraestructuras físicas susceptibles de facilitar este movimiento así como de apoyar las actividades de producción, intercambio, distribución y consumo ejercen una fuerza muy diferente sobre el paisaje geográfico”
- c) “El tercer elemento es el establecimiento de la organización territorial, principalmente (aunque no exclusivamente) los poderes estatales que

regulan el dinero, el derecho y la política y monopolizan los medios de coerción y de violencia de acuerdo con una voluntad territorial (y a veces extraterritorial)”.

Harvey concluye: “Armados con estos conceptos, creo que podemos comprender que el proceso de globalización es un proceso de producción de desarrollo temporal y geográfico desigual. Y, como espero demostrar, ese cambio de lenguaje puede tener consecuencias políticas, liberándonos del lenguaje más opresivo y restrictivo de un proceso de globalización omnipotente y homogeneizador”.

Lo volátil de la idea⁴

De aquí en adelante acotaremos las ideas y desarrollo de estos autores, quienes hacen notar lo absolutamente reciente del uso de los términos *global* o *globalización* que se presentan persistentemente en la literatura académica. De este modo, nos ilustran por un lado en lo reciente y también en su intensidad. Por ello, nos señalan “...que no es de extrañar que no exista todavía una definición, una circunscripción ni una delimitación mas o menos obligatorias del concepto de globalización, que sólo con poca frecuencia aparezcan referencias recíprocas por encima de las barreras del idioma y que el concepto de globalización sea usado frecuentemente de manera arbitraria.” Y agregan “Por eso en la introducción hicimos el intento de describir la globalización como un proceso de transformación global.”⁵

Al asumir de este modo el vocablo, los actores indican que “...la globalización puede entenderse como un proceso de transformaciones económicas, sociales y políticas que prolongan la *gran transformación* de los siglos pasados“. Éste es el punto de partida para una definición sistematizada por David Held *et al.* “...la globalización es una transformación en la organización espacial de las relaciones y de las transacciones sociales –evaluadas en términos de su

⁴ ALTVATER, Elmar y MAHNKOPF, Birgit Las limitaciones de la globalización. Siglo XXI – UNAM, México, 2002.

⁵ ALTVATER y MAHNKOPF, *op. cit.* p. 2

extensión, intensidad, velocidad e impacto— generando flujos transcontinentales e interregionales y redes de actividades o interacción y ejercicio del poder “.⁶

Para estos autores, el papel que juega la combinación tiempo-espacio es esencial. Explicar la globalización como una mera extensión y profundización no es satisfactorio, no asumir, por lo menos en principio, la complejidad del fenómeno es indispensable. Un buen resumen de su idea se plantea cuando nos dicen “en el marco de la globalización, los muchos tiempos en las muchas regiones del mundo son concentrados en un único tiempo mundial, normado y normativo“. No sólo porque la virtualidad puede otorgar nuevas y más poderosas capacidades, sino por los efectos de la *simultaneidad* que provocan las compresiones del tiempo-espacio del que, según los autores, es factible transitar al “globo compactado en su dimensión temporal“ de Harvey, “cuyos ritmos temporales y coordenadas espaciales se adaptan a las condiciones de aprovechamiento del capital.“ Aquí está la clave.

La vida parece ser igual para toda la gente en todos los lugares, pero no, porque las exigencias son distintas. Hoy existe un tiempo y un ritmo mundiales. La sincronía global determinada por las varias formas de la compresión tiempo-espacio se encuentran presentes. Aunque los grados e intensidades sean distintos, a fin de cuentas, existe un “latido mundial“ de la globalización y este es, precisamente, el sentido último del fenómeno. La virtualidad y el abatimiento de los costos de la transportación imponen —día a día— el nivel de lo irrisorio. Lo anterior en el supuesto heroico globalizador de que todos los seres humanos se hallan ubicados en las vertientes globalizadas. Pero no es así y no es necesario abundar en ello. Lo importante es el resultado. La descripción, sencilla al extremo, tal como se detalló arriba nos acerca a percatarnos de algo muy significativo: la globalización es un proceso que debe ser analizado a partir de un contrasentido. No se genera ningún proceso de *uniformación* que justifique la designación. Por el contrario, las asimetrías creadas se dan a partir de las desigualdades generadoras de surcos cada vez más anchos y profundos, resultados a su vez y también causa de una madeja de exclusiones, en una buena parte insalvables. Son los saldos de la

⁶ David Held *et al.* en ALTVATER y MAHNKOPF, *op. cit.* p. 4

globalización y por ello se requiere realizar un análisis a fondo. Es la creación o profundización de las nuevas fronteras de la globalidad.

Las realidades de la globalización son elusivas a las promesas y presunciones que el vocablo evoca. Aquí, además de citar a Harvey con su designación de *desarrollo geográfico desigual*, creemos que es necesario, explorar al menos, una designación distinta a la globalización: la *fractalización*. En principio se trata del intento de encontrar una designación que no obvie lo que se encuentra a la vista desde, hace ahora, mucho tiempo. El vocablo de la globalización toma la vieja idea de un mundo esférico que, sin embargo, siempre ha sido, si bien un esferoide, también es verdad que no ha sido nunca, ni ha tenido una condición tal que permita su aprehensión y comprensión llanas. En palabras del geógrafo heterodoxo Christopher Scholz estudioso de los movimientos sísmicos, según cita de James Gleick, la Tierra tiene una *redondez entrecortada*. Mas aún, la noción del mundo como globo no es, no ha sido nunca compartida por los pobladores del planeta ya que, cada cual tiene su propia versión "mundial". O sea, lo global o mundial tienen cada una de ellas sus acepciones. Como se ve, una realidad de ninguna manera simple.

Pero los problemas no sólo están en la enorme complejidad *morfológica* o en las visiones cosmológicas de cada quien ya que, para colmo, esto ni siquiera es lo fundamental porque el *quid* de la cuestión se encuentra en la muy discutible aptitud del término para dar cuenta, en términos analíticos de esta fase del desarrollo capitalista. Pero volvamos ahora con la *fractalización*.

Globalización o *fractalización*, una propuesta a título de conclusión provisional

Es pertinente plantear este dilema en virtud de los múltiples problemas que el concepto de globalización acarrea al tratar de traducirlo o aterrizarlo en el análisis. Las dificultades son de origen y se refieren a la enorme variedad de enfoques, resultante de las múltiples visiones a partir de que prácticamente todos los autores definen el objeto de estudio atinente a la globalización no sólo de manera diferenciada, sino hasta contradictoria. En el caso presente no se aborda este hecho debido a que se desviaría considerablemente el objetivo de

esta exposición y, por tanto, sólo se resumirán algunos apuntamientos de unos pocos autores que se estiman son significativos para nuestros propósitos.

La idea de la globalización que “es” pero que se “discute a sí misma” tiene las ventajas de que resulta convincente por su simplicidad. Nuestra percepción, versión impresionista, nos hace ver a cada paso de la “existencia concreta” de un fenómeno que “está ahí”, es axiomático y por tanto no requiere de ninguna demostración. Lo podemos percibir, no podemos eludirlo, y sólo requerimos de tomar nota y dar el segundo paso. Es algo tan evidente como la ley de la gravedad pero, de esta facilidad nacida de la obviedad se derivan las dificultades que enseguida salen al paso. En primer lugar, la globalización en la pura evocación semántica sugiere una enorme tersura que resulta muy cómoda para ser aceptada, lo cual explica en parte la enorme celeridad observada en la difusión de la idea. Los análisis que tienen como eje argumental analítico a la globalización, lo global, la globalidad, la economía global y otros similares, se multiplican y proliferan –puede decirse– cotidianamente. Todo esto significa solamente eso: la multiplicación sin que ello implique, ni remotamente, la asunción de un marco analítico nacido de un acotamiento conceptual del cual se desprenden las líneas discursivas pertinentes. En otras palabras, aunque sea factible señalar el fenómeno como mero parloteo lo cual sería notoria y flagrantemente injusto, la verdad es que la búsqueda de *ideas fuerza* que se conviertan en elementos rectores resulta una tarea sumamente difícil e ímproba. Para los efectos inmediatos de este escrito se sigue el mismo patrón anotado arriba. Esto aunque sea provisional.

Se ha dicho que la idea de la globalización es, en primera instancia, sumamente manejable pero, es necesario reiterarlo, es precisamente ahí donde nacen sus dificultades. Para salir al paso a esta circunstancia es necesario decir que nuestro planeta no es terso, ni llano ni, mucho menos, sencillo de ser leído e interpretado. Lo segundo es que la globalización tiene que ser leída como un complejo económico, político y social que nace de una casi inextricable madeja de carácter histórico-cultural con multitud de vertientes específicas. Como puede observarse, es una densidad de elementos que demanda a cada paso una tarea constante para desbrozar y, con ello, intentar diseñar un esquema operable. Por todo lo anterior debemos limitar el

abordaje a unos cuantos elementos que resultan significativos y, por eso, haremos explícita la utilización de algunos conceptos que expresan en primer lugar Elmar Altvater y Birgit Mahnkopf (2002) en *Las limitaciones de la Globalización* y de David Harvey (2000) en *Espacios de esperanza*. Ambas son obras muy complejas, y por ello, rebasan en mucho los objetivos de este estudio y expondremos sólo algunos de sus planteamientos. Harvey, por ejemplo, afirma que la globalización debe ser abordada a partir de la profundidad del fenómeno, aunque esta afirmación debe realizarse “con reservas” ya que “no se ha producido una revolución fundamental en el modo de producción y en las relaciones sociales correspondientes, y que si hay una verdadera tendencia cualitativa es hacia reafirmación de los valores capitalistas del siglo XIX unidos a la tendencia del siglo XXI a arrastrar a todos *ya que todo lo que se pueda intercambiar* a la órbita del capital, al tiempo que se hace que grandes segmentos de la población mundial sean permanentemente superfluos en relación con la dinámica básica de la acumulación del capital.” Una muy larga cita, sin embargo es necesaria para radicar la idea de Harvey de que no se trata de un cambio en el modo de producción y que todo está bajo control en el mundo del capital. En esta parte el autor plantea una de sus acotaciones al proponerse el salvar la platitud de lo global y rebautizarlo y denominarlo como *desarrollo geográfico desigual*. O sea, una ubicación que no puede ser más terrena y, además, da cuenta de la desigualdad de la que se desprende una razón “para la organización y la política”.

Adicionalmente y con una afirmación en la que se condensa una idea: “...se debe afrontar la cuestión de la globalización como un proyecto geo-político explícito”, es decir, la condensación de un horizonte ideológico-intelectual neo-conservador expresado a principios de los 80 por la dupla Reagan y Thatcher. La nueva situación gestada en esta etapa desde 1945, con el pivote obvio de la hegemonía de los Estados Unidos, sus avatares y perfil actual. Todo para llegar al marco del desenvolvimiento mundial posterior a la disolución de lo fundamental de Bretton-Woods, que desemboca en el mundo neo-liberal de la globalización o, como lo rotula David Harvey, en el *desarrollo geográfico desigual*. Lo importante en esta parte reside en volver a tomar en consideración la famosa característica capitalista, bautizada por Schumpeter como

destrucción creadora, la reorganización productiva que siempre tiene como saldo las readecuaciones geográficas temporales que en su fase neoliberal actual constituyen la esencia y perfil de la globalización. Un capitalismo que se crea y recrea conforme a la tecnología, los nuevos momentos de la acumulación, de las telecomunicaciones instantáneas, con escenarios modificados. Hasta aquí puede arribarse con Harvey.

Después de este largo, pero indispensable, preámbulo podemos volver nuestros ojos a la *fractalización*. Se trata de una designación novedosa con la cual, con ambición desmesurada se intenta sustituir el vocablo de la globalización. Como es bien sabido, lo *fractal* fue ideado por Benoit Mandelbrot quien lo publicó en 1975.⁷ Este concepto, revolucionario en su momento, corresponde a una designación heterodoxa en un campo científico inexistente, propuesto por el mismo Mandelbrot, matemático heterodoxo –si los hay– que entró y salió de varias de las áreas con respetabilidad reconocida pero que, merced a sus enfoques y resultados metodológicos *sui generis* nunca, hasta antes de su triunfo final, fue visto con buenos ojos por los personeros de lo que Kuhn llamó la *ciencia normal*. Este intelectual, matemático excéntrico, incursionó entre varios campos en la economía cuando analizó las variaciones de los precios del algodón por periodos largos pero sin olvidar ni desvincular, las oscilaciones de corto plazo. Dicho enfoque totalizador se convirtió en un recurso metodológico utilizado por Mandelbrot como una perspectiva central diferenciadora. Renunció a uno de los recursos más prestigiados del análisis técnico-científico, o sea, a partir de una simplificación del objeto o fenómeno a estudiar para incorporar posteriormente, paso a paso, hasta arribar a la plenitud de lo complejo de la realidad.

En contraste con lo anterior, Mandelbrot insistió partir de una concepción *integral* de la realidad al negarse a analizarla a partir de su disección. No se trataba de, según él, revisarla parte a parte sino como un todo. Gleick al detallar su método nos dice que Mandelbrot “en vez de separar los cambios minúsculos de los abultados [...] los unía. Buscaba partes no en esta o aquella escala, sino en el seno de las de cualquier tamaño. Andaba muy lejos de saber

⁷ En GLEICK, James Caos. La creación de una ciencia. Ed. Seix Barral, Barcelona, 1994

cómo plasmar aquella criatura de su mente. Pero sabía, en cambio, que habría de una especie de simetría, no una izquierda o derecha o de arriba y abajo sino, más bien, una simetría de escalas grandes y pequeñas.” Se trata de una acotación muy aguda en la cual se plasma una visión muy clara que más tarde va a coagular en su visión de los fractales. Mandelbrot cuyo “...conocimiento económico [...] era más bien parco” y por tanto su habilidad para establecer diálogo con este gremio críptico, especuló a partir de su singular método sobre temas como las variaciones en los precios del algodón en el corto y largo plazos, ya citados. Colocó en el centro de sus argumentos la noción de las variaciones en las cotizaciones en escalas, o sea, las detectables en el largo plazo no tenían por qué ser explicadas por separado de las registradas en lapsos más cortos. Pero Mandelbrot insistió muy poco más en sus ideas, las planteó y luego se alejó. El propio Gleick afirma: “efectuó incursiones en materias como la economía y se retiró, dejando tras de sí ideas intrigantes, pero, raramente, obras bien fundadas”.

Es necesario argumentar por qué se propone la designación de *fractalización* en sustitución de la globalización. En primer lugar se trata de dar cuenta no sólo de la extensión y ampliación de un fenómeno de carácter lineal, sino, por el contrario, del resultado de un proceso cuyos saldos están a la vista, y éstos nos dicen que ahí se refleja todo, excepto uniformidad. Lo fractal es irregular, desigual, no expresa tersura sino todo lo contrario. Ahora bien, lo irregular también da cuenta de proporciones expresadas en diversas escalas. La economía mundial fractalizada intenta trascender lo suave, lo uniforme del análisis tradicional, buena parte del cual nació hace más de dos mil años de la visión de Euclides. Por el contrario se trata de asumir lo escabroso, las hondonadas percibidas, pero que son evitadas por muchos. No escasean las revisiones en las cuales destacan las desigualdades, las carencias y ausencias, pero también, en comparación, las inmensas asimetrías y diferencias que de ninguna manera caben en una imagen simplemente global.

Lo fractal puede ser irregular pero, ya se ha dicho, paradójicamente también es simétrico y expresa realidades en un número casi infinito de escalas muchas de ellas diminutas, o casi microscópicas. La fractalización pensada en su

aplicación a la situación actual de la economía mundial es una realidad cristalizada, de ninguna manera volátil, sino firmemente anclada en su morfología problemática y en su fisiología implacable. Éstas características son bien conocidas en las conductas de los entes oligopólicos mundiales. Las corporaciones transnacionales pueden ser todo, menos erráticas o blandengues; cometen errores pero siempre tienen a mano su reflexividad. Son poderosas pero no invencibles, rectifican, esperan, avanzan y, casi siempre, se imponen. Por lo menos, es lo que han sido capaces de demostrar y exhibir como experiencia histórica. Lo fractal no trata de simplificar para, de ahí, entender y explicar. Por el contrario, intenta asumir la complejidad presente en todo lo que nos rodea, inclusive lo económico, para tener la capacidad de analizar los fenómenos en sus términos reales y no a partir de supuestos a menudo heroicos.

Ciudad Universitaria, 30 de marzo de 2006